En Madrid, los retraté

por Raúl Cancio

A María Palacio y Raúl Cancio, mis padres.

Mi primer encuentro con Raúl Cancio tuvo lugar en las páginas de *El País*, donde él firmaba sus fotos cuando yo estudiaba Periodismo en Bilbao a finales de los años 80. Yo comenzaba a interesarme por la fotografía de prensa y al ver cada día las fotografías de *El País*, me repetía en silencio lo mucho que me gustaría trabajar de fotógrafo para ese periódico algún día. Un sueño.

Algunos años más tarde, llamé a las puertas de *El País* y me recibió Raúl Cancio. Iba elegante, enfundado en un traje, imponiendo, marcando distancia. Yo no acerté a articular palabra; él lo hizo todo: repasó varias veces las fotos de aquel "book" improvisado que hice reutilizando una carpeta de apuntes de la universidad y me dijo que podía comenzar a colaborar. Tampoco llegado a ese punto acerté a decir nada.

Mi sueño universitario comenzó a tomar forma gracias a Raúl Cancio. Fue él quien moldeó y administró la impaciencia del veinteañero que quiere comerse el mundo y me guió en el aprendizaje de este oficio. Me encargaba cada trabajo tomándose la molestia de explicarme cómo podía hacerlo o qué dificultades podría encontrarme.

Raúl era exigente, era parco en elogios, pero su cara se iluminaba cuando descubría una buena foto en un trabajo que te había encargado. Era generoso en enseñanzas y toda la fachada del Redactor Jefe distante enfundado en un traje se desvanecía cuando tenía delante de sí a gente con ganas de escuchar y aprender.

Con él aprendí que el fotoperiodismo es un trabajo. Un trabajo en el que antes de hacer una fotografía hay que saber verla. Y estar atento a cuando algo sucede porque ya no volverá a repetirse. Pero aprendí también que es un trabajo de cada día, y que no hay éxito que sea definitivo ni fallo que sea una tragedia. "Mañana más", solía decir.

Aprendí que lo importante es la constancia y la dedicación para hacer cada día fotografías lo suficientemente dignas como para no sentir vergüenza de firmarlas en el periódico. Aprendí que no había encargo o cobertura poco relevante aunque a todos nos guste estar en la primera línea de la actualidad. Porque cualquier ocasión es buena para hacer una buena fotografía.

Y también aprendí con sus fotos. No sólo con las que hacía cada fin de semana en el fútbol. Buceé por el archivo del periódico y descubrí, entre otras cosas, que el año de mi nacimiento Raúl había fotografiado a Iríbar "volando" en San Mamés. Descubrí que estuvo fotografiando el accidente de avión del monte Oiz en 1985, mientras yo veía el humo de ese mismo accidente desde la casa de mis padres en Mendata. Y descubrí también que un fotoperiodista nunca baja la guardia, como aquel invierno de 1989, cuando camino de un partido de fútbol se encontró con un accidente de tráfico, paró su coche y lo fotografió. Luego se marchó al fútbol. Horas más tarde se supo que en aquel accidente había fallecido el jugador de baloncesto Fernando Martín. Raúl tenía las fotos. Raúl había hecho su trabajo..., el de cada día.

Y luego llegó el día en que Raúl dejó el periódico. Y también entonces volví a aprender cuando le vi recuperar su "hobby": la fotografía. Da gusto ver cómo sigue disfrutando mientras pasea con su cámara en busca de imágenes.

Hace algunas semanas me pidió que le escribiera una presentación para un libro de fotos. Si me lo hubieran dicho cuando veía su firma en *El País* mientras estudiaba Periodismo, no me lo hubiera creído. Es más, me hubiera reído.

Muchas gracias, Raúl.

Gorka Lejarcegi
Fotoperiodista

La contraportada de todos sus libros lleva la misma foto: Raúl Cancio detrás de una gran Leica, mirando a través de unas grandes gafas de pasta propias de otra época. Se la hizo él mismo frente a un espejo. Ése es Cancio: primero la cámara; detrás, él. El tiempo ha pasado, el aprendiz es maestro, las gafas son ahora de un diseño modernizado y la máquina es una Canon o una Sony compacta, en su bolsillo, por si la foto llega sin avisar a su mirada.

Es fácil encontrarse con colegas de profesión que cuenten anécdotas vividas con Cancio. Cuenta Manuel Vicent que cuando apenas habían entrado en la treintena, viajaron juntos a Nueva York. El joven Cancio aseguró que hablaba inglés, pero llegado el momento sólo acertó a decirle al policía de aduanas del aeropuerto JFK: "Information...".

En la Escuela de Periodismo de *El País*, donde despliega sus dotes de mentor, guía y tutor, no hay alumno que no piense en Cancio al pasear por la Gran Vía. O bien porque es el escenario de la primera lección de fotografía, en enero cuando el frío agarrota el dedo que dispara, o porque a Cancio no se le arruga la camisa al decir que le gusta más la Gran Vía que la Quinta Avenida de Nueva York. Al corregir las imágenes captadas, uno no se puede enfadar si dice que la foto está quemada; "ésta, ésta es buena", señala otra. Con el amor que demuestra por la vía madrileña, es difícil distinguir si le gusta la calle, la imagen capturada o que el aprendiz haya sabido mirar con ojos fotográficos en el primer día. En cierta conversación después de la sesión fotográfica al mercado de San Miguel, Cancio se sincera: es orgullo lo que siente por los alumnos; y eso se nota en las críticas: en las buenas y en las malas.

Cancio es el Sol detrás de las farolas de la Plaza Mayor, es el Palacio Real, es un bolso suvenir de la Gran Vía, es una copa de vino en el Mercado de San Miguel, es un golpe de "zoom", es un reflejo en un cristal, donde se confunden los planos, la realidad y lo reflejado. Pero sobre todo es la mirada inquietante de Dalí, es cuatro "umbrales" en dos dimensiones, también es el cigarrillo que se consume entre los dedos de María Zambrano, es Di Stéfano, Fernando Martín, Puskas con su barriguita, Doris Lessing ... porque a todos ellos les ha tomado prestado el alma por un instante, una milésima de segundo de ésas que pasan a la historia.

Siempre parece preparado para ser el centro del objetivo: traje impoluto, zapatos brillantes, pañuelo en el bolsillo de la chaqueta y sello en el meñique. Pero sobre todo, siempre parece estar preparado para disparar con su cámara: "porque uno nunca debe hablar de la foto que no hizo". Por eso Cancio siempre nos enseña y nos habla de sus fotos, y mucho.

Alejandra Agudo
Alumna de la Escuela de Periodismo de El País.

Apuntes im-precisos

Estamos a dos pasos de nuestro objetivo: aquella imagen se hizo presente, él estaba cumpliendo con su cometido, aquella persona estaba delante. Ella quería que la miraran. Físicamente imponente, majestuosa, más que sencilla, realmente hermosa. Pero, él la miró, fue hacia ella con paso decidido, al reconocer su belleza y el misterio del instante, al sentir el calor y apreciar su humanidad, se cruzó con su mirada, fresca, descarada, sin tapujos. Él, sintió el peso de la bolsa que llevaba colgada del hombro, agarró la máquina (Leica) con fuerza, sintió su forma, se la echó a la cara, y sin pensar disparó. Nadie la había visto como él, la descubrió, y congeló el instante para siempre.

Raúl trabaja en silencio, no dice nada, se despliega con los sentidos abiertos delante de su personaje; un gesto, una expresión, el tono de la voz, todo cuenta, hasta el último detalle antes de rematar la tarea. Raúl me recuerda al gran matador de toros que, cuando llega el momento mágico y solemne de culminar su faena, se acerca a la bestia y no lo duda. No hace ruido, se mueve con precisión, se funde en el espacio del otro hasta encontrar lo mejor.

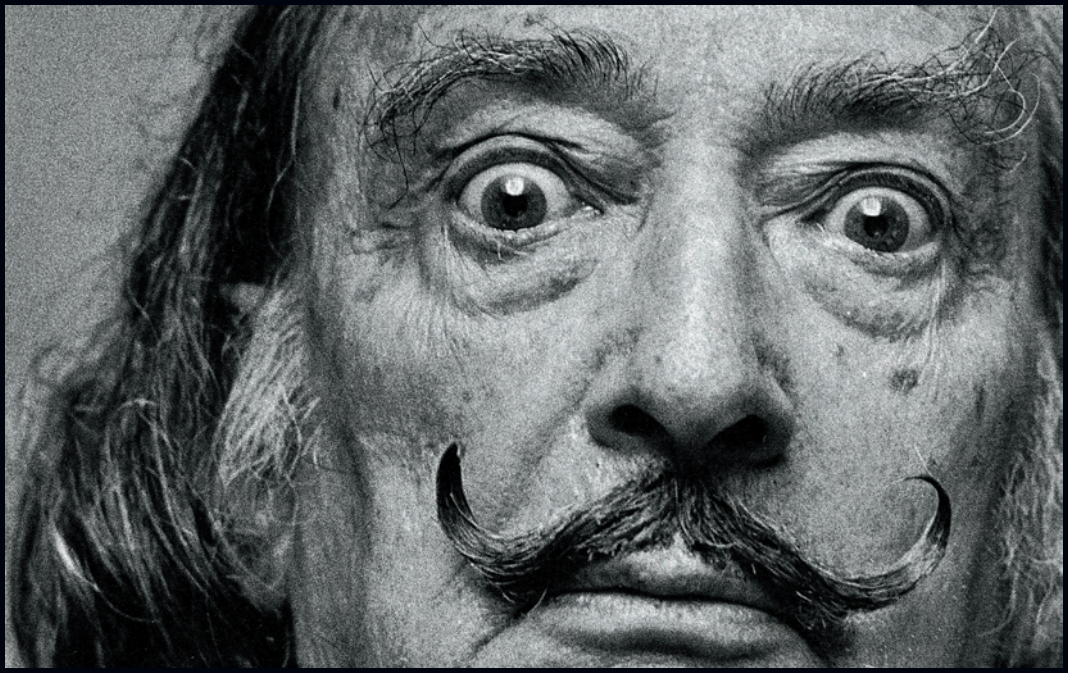
Aquellos reflejos del alma que tanto nos cuesta mirar a los mortales, ver en nuestros amigos. Cuando dispara su máquina, es la musa que le guía y le invade, para mostrarnos lo que no somos capaces ver.

Raúl Cancio, maestro de maestros, compañero de tantos momentos vividos, amigo. Este libro de retratos y personajes, acoge una muestra de tu buen hacer profesional. Mucho es el trabajo realizado y mucha la experiencia vivida, pero, lo mejor está aún por llegar, todavía no se ha mostrado. Hasta ahora lo que hemos visto son retazos, “pinceladas”, como tú bien dices.

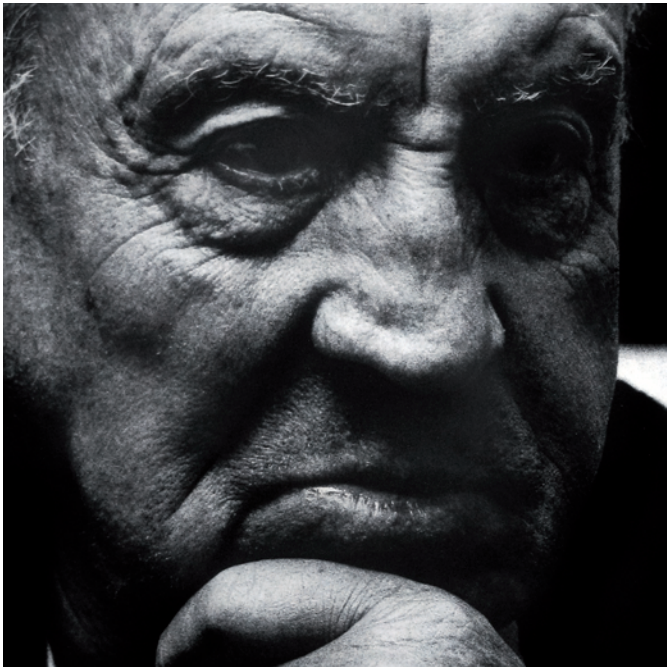
Vamos, compañero, acabemos de una vez, que ya comienza este “circo” y nos pilla al traspiés. Cuánta presencia y realidad filmada durante todo este tiempo. ¡Y lo que nos queda por ver!

A mi buen amigo Raúl Cancio.

José Luis Manzanares López
Director-gerente de Tritoma S.L.



Dalí. Hotel Palace. 1966.



Santiago Bernabéu. En su casa. 1972.